

# El viaje de Galeotto Cei. La Relación de un viajero italiano en la Venezuela del siglo XVI

Luciana de Stefano

---

## INTRODUCCIÓN

*Viaggio e Relazione delle Indie, 1539-1553*, es el título del manuscrito que se encuentra en el British Museum de Londres y que aparece precedido por el nombre de Galeotto Cei. Dicho manuscrito había permanecido hasta ahora inédito y gracias al Profesor José Rafael Lovera contamos actualmente con la primera edición en español de esta interesante y curiosa obra<sup>1</sup>. En este Viaje y descripción de las Indias narra el florentino Galeotto Cei los catorce años que pasó entre la isla de Santo Domingo y la provincia de Venezuela; su estadía coincide con el primer periodo de la conquista y colonización, cuando los Welser gobiernan la provincia de Venezuela (1529-1556). Las fuentes documentales de primera mano de esta etapa son escasas<sup>2</sup>. Aunque se han conservado dos obras importantes redactadas a muy pocos años de

- 
1. Esta obra tan valiosa y rara para la historia de Santo Domingo y Venezuela se mantuvo hasta nuestros días inédita en un manuscrito del Museo Británico. Gracias al Prof. José Rafael Lovera tenemos ahora su primera edición en español con un extenso y bien documentado estudio preliminar: Galeotto Cei. *Viaje y descripción de las Indias (1539-1553)*. Estudio preliminar, notas e índices por José Rafael Lovera. Fundación Banco Venezolano de Crédito. Colección V Centenario del Encuentro entre Dos Mundos. 1492-1992, 1498-1998. Nº 12. Caracas 1995). La traducción estuvo a cargo de la Profesora Marisa Vannini de Gerulewicz. En 1992 había sido publicada la primera edición italiana del manuscrito referido bajo los auspicios del Consiglio Nazionale delle Ricerche, con el título de *Viaggio e Relazione delle Indie (1539-1553)* Galeotto Cei. Roma: Bulzoni Editore, al cuidado de Francesco Surdich con una breve introducción seguida por la transcripción del manuscrito. Para este trabajo he utilizado la edición de José Rafael Lovera cotejándola, cuando lo he considerado necesario, con la edición italiana. A partir de ahora los números entre paréntesis corresponden al número de página de la edición de Lovera.
  2. De este periodo se conservan varias cartas de relación del Licenciado Juan Pérez de Tolosa, los autos de los juicios de Residencia que éste siguió a Juan de Carvajal y a Juan de Villegas, y las *Elogias de varones ilustres de Indias*, de Juan de Castellanos.

los sucesos descritos por Cei: la *Historia general y natural de las Indias*<sup>3</sup> de Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés y la *Recopilación historial de Venezuela*<sup>4</sup> de Fray Pedro de Aguado, ninguno de ellos fue testigo presencial de los hechos de la gobernación de Venezuela. Mientras que sí lo fue Cei, quien participó en la fundación del Tocuyo y en su relación nos aclara la fecha exacta en que tuvo lugar: “nos situamos en la mitad de ese valle... donde fundamos un pueblo llamado, por el río, Tocuyo y llegamos allí la vigilia del día de Todos los Santos, el año 1545” (60), es decir, el primero de noviembre y no el 7 de diciembre como se ha venido repitiendo desde Oviedo y Baños, quien escribe a dos siglos del acontecimiento<sup>5</sup>. Otro suceso de suma importancia y del que también fue testigo presencial, fue el encuentro de Juan de Carvajal con la hueste de Felipe de Hutten y Bartolomé Welsler, y la posterior decapitación de ambos alemanes<sup>6</sup>. Además, en el Juicio de Residencia que se le siguió a Carvajal por este crimen, aparece Cei como testigo. La relación de Cei describe un período, como hemos dicho, poco conocido; los territorios que atravesó apenas habían sido hollados por los españoles, y poco se sabía de las poblaciones indígenas que tan exhaustivamente describe nuestro viajero. Estamos también en los inicios del proceso de poblamiento: Coro es apenas, como nos dice Cei “una ciudad de 10 casas de paja” (55), a la cual llega desde Santo Domingo en 1545 para iniciar su aventura en la provincia de Venezuela; luego vendrá la fundación del Tocuyo, ciudad a la que estará muy ligado Cei y de la que nos ofrecerá numerosos datos de la vida cotidiana, labores y actividades de sus pobladores; el descubrimiento de la laguna de Tacarigua, la fundación del puerto de Borburata; Barquisimeto en el Valle de las Damas, llamado así el valle por la belleza de las mujeres caquetías, que no se cansa Cei de alabar.

Como bien dice Lovera, la relación de Cei:

viene a llenar un vacío, pues está dedicada a dar cuenta del quehacer diario de conquistadores y conquistados, describiéndolo minuciosamente, además de interesarse con la misma meticulosidad por la naturaleza en que se desenvuelve que pinta vividamente. Viene a ser la relación de Cei, especie de ventana que se abre para dejarnos ver la vida de la gente común y en ello reside precisamente la trascendental importancia historiográfica que tiene.

Creo que la presentación que hace José Rafael Lovera de la obra de Galeotto Cei es muy acertada y la describe a cabalidad. Es evidente que sus

- 
3. En el Libro XXV de la segunda parte relata la historia de la gobernación de Venezuela a partir de los testimonios de conquistadores que participaron en dichos sucesos.
  4. En los Libros I al III de la segunda parte se encuentra la crónica de la gobernación de Venezuela hasta 1567.
  5. Véase el estudio preliminar de José Rafael Lovera en *ob. cit.*, p. XXXIII.
  6. Este suceso está narrado en la obra de Cei, p. 62-66.
  7. Véase el estudio preliminar de José Rafael Lovera en *ob. cit.*, p. XX.

virtudes residen en ese carácter autobiográfico que le otorga los rasgos propios de una narración, en la cual la experiencia personal es la predominante. No fue escrita con una finalidad ideológica, ya sea de defensa, o de mordaz crítica de la conquista española, como es la de otro italiano, Girolamo Benzoni<sup>8</sup>, sino como recuerdo de una experiencia muy personal que lo lleva a detenerse en la vida cotidiana de europeos e indios, y a describir con mucho realismo y con un alto sentido de observación el mundo que le rodea. Esta posición de Cei se debe en gran parte a la independencia de juicio —subrayada por Juan Gil<sup>9</sup> en el caso de otro italiano, Miguel de Cuneo—, que le permite acceder al Nuevo mundo circundante con una visión más de observador que de partícipe. Esta independencia de juicio, llamémosla así, procede de un hecho muy importante y que no ha sido destacado.

## VISIÓN DE AMÉRICA Y DE LA CONQUISTA ESPAÑOLA

Galeotto Cei no se siente emocionalmente implicado en la empresa conquistadora española; no se siente partícipe del espíritu imperialista hispánico ni de la alta misión evangélica de propagación de la fe cristiana por el Nuevo Mundo. Las Crónicas de Indias son una apología de la conquista y colonización de América, así como de la evangelización de los indios, magna tarea que la Providencia Divina había destinado a España, y bajo esa óptica es visto el Nuevo Mundo y todo suceso. Mientras que la relación de Cei carece de tales profundas motivaciones y de allí que su relación no pretenda dar cuenta de las empresas de los conquistadores ni de la actividad evangelizadora del clero. Esta carencia procede de su condición de extranjero que lo mantiene ajeno al código conquistador y evangelizador. Los españoles en las Indias, consciente o inconscientemente, están imbuidos por un sentimiento de pertenencia a un gran imperio y a un alto destino, que se transparenta en todas las crónicas oficiales de Indias. Y en cierta forma, ellas son propagandísticas y justificatorias de la conquista. Por el contrario, Galeotto Cei escribe su relación, probablemente en la década de los años 60, ya de regreso a Europa, para satisfacer un ruego de Bartolomeo Delbene, mercader también florentino, personaje importante en la corte francesa bajo cuyas órdenes parece haber servido el autor. Va dirigida su narración, por tanto, a un estrecho círculo de personas. Prueba de ello es que nunca se

- 
8. Girolamo Benzoni. *Historia del Nuevo Mundo*. Introducción y notas de Manuel Carrera Díaz. Alianza Editorial. Madrid 1989.
  9. Pier Luigi Crovetto. "La visión del indio de los viajeros italianos por la América del Sur" en *L'America tra reale e meraviglioso. Scoprittori, Cronisti, Viaggiatori*. Roma. 1989. Y Raúl Crisafio "La política española de la conquista y los extranjeros: Michele de Cuneo" en *Andando más, más se sabe. Atti del Convegno Internazionale "La scoperta dell'America e la cultura kallana"*. Genova, 6-8 Aprile 1992. Bulzoni Editore. Roma 1994, p. 297-304.

publicó; de hecho en la dedicatoria dice: "escribo esto para vuestra merced y no para otros". El propósito de Ceí es narrar los 14 años pasados en Indias, y saciar la curiosidad de aquellos que se extrañan de que haya regresado pobre "como si fuese vituperio volver de allá sin un gran tesoro y como si todas las partes y provincias de Indias, país tan grande, fuesen riquísimas, cuando en verdad no es así, pues muchas son infinitas y paupérrimas" (dedicatoria, 3).

Y agrega, siempre dentro del mismo tema:

pero como aquí y en España se toma en cuenta sólo a los pocos que regresan con fortuna, y no a aquellos que se quedan allá, sufriendo y muriendo miserablemente, les parece extraño que yo haya regresado pobre. (id.).

En pocos cronistas se perfila una desmitificación tan precisa sobre la abundancia y riquezas que desde Colón habían sido el anzuelo para atraer a las gentes a poblar las nuevas tierras: "Pueden ver sus altezas que yo les daré oro cuanto hobieren menester..."<sup>10</sup>, o léase el prólogo al lector de la *Recopilación historial*<sup>11</sup> del contemporáneo de Ceí, Fray Pedro de Aguado y se palpará el abismo que separa a Ceí de éstos. Aguado comienza por ensalzar las riquezas espirituales del recién descubierto Nuevo Reino de Granada. Al referirse a los indios evangelizados y arrancados del poder del demonio, dice: "no es pequeña riqueza ganar las almas que estaban perdidas", para luego pasar a las riquezas "corporales de que los hombres tienen tanta sed, son tantas que con dificultad se podrá creer lo que de ellas se dijere" e introduce una interrogación retórica para dar mayor énfasis a sus palabras: "¿quién podrá decir el mucho oro que allí se ha hallado, la mucha cantidad de piedras y esmeraldas, que aunque en los siglos pasados eran de tanta estima, en los nuestros, por la mucha abundancia que se ha hallado de ellas, han venido a ser de poco valor?" y remata con una clara justificación del deseo de riquezas por parte del hombre: "todo esto he dicho para que a los que no llevare en aquella tierra el deseo de ocuparse en la conversión de los infieles, los lleve la codicia de los bienes". Para Aguado estaba claro que el anzuelo para atraer hombres a nuevas conquistas era el oro; tan cierto es, que Ceí al referirse a la región de los cuicas dice que en los ríos se encontraba oro "pero poca cantidad, que no compensaba el precio de poblar allí" (71). Y es curioso que años más tarde el mercader, también florentino, Francesco Carletti, en sus *Razonamientos de mi viaje alrededor del mundo*

---

10. Carta a Luis de Santángel en C. Colón. *Textos y documentos completos* (prólogo y notas de Consuelo Varela. Madrid 1984, 2a. ed. p. 116).

11. Fray Pedro de Aguado. *Recopilación historial de Venezuela*. Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia. Caracas 1963. Tomo 1, p. 9-10.

12. Francesco Carletti. *Razonamientos de mi viaje alrededor del mundo (1594-1606)*. Estudio preliminar, traducción y notas de Francisca Perujo. Instituto de Investigaciones Bibliográficas. Universidad Nacional Autónoma de México. México 1976, p. 83.

<sup>12</sup> expone un juicio muy similar acerca de la importancia de la existencia de oro para la colonización española. Carletti narra un suceso ocurrido en las islas de Los Ladrones, en su ruta hacia Filipinas, donde se quedaron un fraile y dos marinos españoles; al año siguiente fueron rescatados y las noticias que dieron sobre aquellas islas eran “que estaban todas habitadas por gente pobre, sin oro y sin plata ni otra cosa de valor”, a lo que Carletti agrega “y por ello es de creerse que aquellos hombres se estarán por un buen tiempo sin la luz de la religión, si Dios por su misericordia no los provee de otro modo que el que se acos-tumbra entre los españoles en sus conquistas: que donde no sienten riquezas no se acercan, las cuales sirven para atraer a los soldados a abrirles el camino con las armas a los religiosos y a defenderlos de los bárbaros, como ellos dicen”. Frente a la exaltación de las riquezas de las Indias que fue tan frecuente en la época, tenemos la mirada objetiva de Cei, hombre pragmático al cual la realidad le ha demostrado lo contrario. No olvidemos que Cei es un florentino, un representante de lo que se ha llamado la “cultura urbana”, por tanto mercantil. En este punto debemos preguntarnos quién era Galeotto Cei y qué lo trajo a América. Galeotto Cei pertenecía a la burguesía mercantil florentina y estaba emparentado por parte de su madre con la familia Strozzi. En 1529 se encuentra radicado en Lyon, enviado por su padre para que adquiriese experiencia comercial en el Banco Salviati. Allí le llega la noticia de la ejecución de su padre —como consecuencia de las rencillas entre la facción de los Strozzi y los Medici— y de la consecuente confiscación de los bienes familiares. Se traslada a Sevilla, donde permanece hasta 1537, siempre dedicado al comercio; para esa fecha, Cósimo de Medici es elegido Duque de la Toscana y por decreto concede a los exiliados el regreso a Florencia y la restitución de los bienes confiscados. Ante esta noticia Cei decide regresar a su patria pero ya allí se le notifica que su familia no se encuentra entre los favorecidos por el decreto. Desengañado, se inclina a la causa de los Strozzi, enemigos de Cósimo de Medici, y toma parte en la batalla de Montemurlo, donde es tomado prisionero. En 1538, gracias a la intervención de la duquesa de Parma y de Lope Hurtado de Mendoza, es liberado y confinado de por vida a España. Al regresar a Sevilla después de un año de ausencia se encuentra con que sus negocios marchan mal y resuelve embarcarse en 1539 hacia América a correr la aventura de tantos otros<sup>13</sup>. También él es atrapado por el sueño del enriquecimiento. Se embarca llevando mercancías para vender ya que su finalidad precisa era continuar dedicándose a la actividad mercantil. Pero no le cupo la suerte de su com-patriota Carletti, quien sí tuvo la fortuna de tocar en sus viajes el Perú,

---

13. Véase la introducción de Francesco Surdich. *ob. cit.*, p. I-VII y el estudio preliminar de Jose Rafael Lovera, *ob. cit.*, p. XXI-XXX.

México, las Filipinas y las Indias orientales donde las posibilidades de intercambio mercantil eran muy promisorias. A lo largo de la lectura de su relación no se patentiza el deseo de una búsqueda de riqueza fácil; el deseo del oro que alumbró a tantos no llegó a enceguecer a Ceí. La fantasía del Dorado no está presente en su relación sino su mentalidad mercantil que lo lleva a buscar el oro como resultado del intercambio comercial y no como producto de la rapiña.

Por su narración sabemos que toda su actividad en América giró alrededor del comercio: venta de mercancías de poco valor en el Puerto de La Vela, Coro y Panamá; algunas incursiones en el Cabo de la Vela en la pesquería de perlas en las que no tuvo mucha suerte, pero sobre todo, su actividad principal fue comerciar con ganado vacuno, caballar y ovino. Se dio cuenta, con atinada visión comercial, que era un buen negocio comerciar con ganado, llevándolo de la gobernación de Venezuela, donde había un excedente, al Virreinato de la Nueva Granada donde escaseaba. Sin embargo, tuvo muchas dificultades para llevar a cabo este proyecto debido a la política seguida por los gobernadores de Venezuela, que impedían a los vecinos salir de los centros poblados por temor a la despoblación así como porque necesitaban suficientes hombres para continuar los descubrimientos y conquista de nuevas tierras y así hallar el tan deseado oro.

Nos encontramos con dos mentalidades opuestas: la de Ceí, que ve el provecho económico que traería el abrir rutas comerciales entre la provincia de Venezuela y la Nueva Granada, y la del poder español, en la que presenciamos la supervivencia de la tradición medieval hispánica de "conquistar" y "poblar" que fue propia de los reyes cristianos de la Península y que se continúa en América. A lo largo del *Viaje y descripción de las Indias* vemos al autor tratando repetidamente de conseguir licencia para salir del Tucuyo —licencia que finalmente obtiene en 1550— y llevar el ganado a la Nueva Granada, y por otro lado, a las autoridades realizando continuas entradas en los territorios vecinos en busca del preciado oro y de nuevas tierras para poblar. Ceí, de muy mala gana, debe participar en esas andanzas y, aunque no lo diga en forma directa, leemos entre líneas que las considera inútiles, una pérdida de tiempo, ya que su experiencia le viene demostrando que dicho oro es casi inexistente. Lo que lo acucia es el deseo de comerciar con el ganado y tener un medio de sustento seguro para un hombre como él, comerciante de oficio. Las restricciones de movimiento que padeció Ceí para desarrollar libremente la actividad mercantil fueron propias de la mano férrea y siempre presente del estado español: privilegios, empleos, encomiendas, licencias de movimiento de un lugar a otro, etc.—todo provenía y se legislaba desde la metrópolis. Razones que explican cómo se fue formando en ultramar una sociedad en la que no se dio libre curso al

esfuerzo y al ingenio personales; no se dio la posibilidad de crear, como sostiene O'Gorman <sup>14</sup>, un nuevo modelo de sociedad como ocurrió en la América Sajona.

Entre 1547 y 1548, en el Tocuyo, bajo el gobierno de Juan Pérez de Tolosa, primero, y luego de Juan de Villegas, Cei intenta conseguir licencia para salir de la ciudad y llevar el ganado a Nueva Granada pero ambos le niegan la salida argumentando que necesitaban hombres para descubrir nuevas tierras y buscar oro.

Son muchos los pasajes de la relación en los que se manifiesta la oposición de intereses existente entre Cei y los gobernadores: Cei tratando de obtener licencia para sacar ganado del Tocuyo y por otro lado el deseo de los gobernadores por encontrar oro: "llegados y habiendo poblado [el Tocuyo] le pedimos [a Carvajal] esa licencia, pero la promesa no fue observada...diciendo que quería primero descubrir si en aquellos contornos se hallase alguna riqueza"(62). Luego será Juan Pérez de Tolosa, el Juez de Residencia que había quedado de gobernador de la provincia, quien le niegue nuevamente la salida. Pérez de Tolosa enviará a un hermano suyo a descubrir "sin encontrar nunca cosa buena ni un solo pedazo de oro" (66). Hay una nueva salida de Pérez de Tolosa en 1547 a la laguna de Tacarigua, y nuevamente dirá Cei "pero no se encontró allí oro ninguno, o muy poco"(70). En 1548, siendo Villegas gobernador del Tocuyo, tuvo "noticias de haber gran riqueza y que no quería que nadie partiese sin que antes hubiese sido descubierto eso...". Cuando llegaron al lugar de las grandes noticias de riquezas "...pensé encontrar —dice Cei que formaba parte de la hueste— más tesoros que en el Perú ", sin embargo, la realidad fue otra : "aquí encontramos que los indios [los cuicas] apenas conocían el oro, ni lo estimaban, diciendo que no era bueno para comer...que les bastaba recoger el maíz y otras raíces buenas para comer, para lo cual el oro no era bueno" (70-71). Pero el espejismo del oro no abandona a Juan de Villegas: "comenzó a pensar que no se hubiese descubierto bien aquella provincia de los indios cuicas donde encontramos riquezas consistentes en paternostrillos, sino que allí tal vez hubiese gran cantidad de oro...yo le respondí que no quería ir porque era tiempo perdido"(72). En 1550 regresa Villegas "con asaz fatiga, ningún oro y mucho despecho...sólo llevaba cerca de un escudo de polvo de oro...De esto hacía gran cuenta, diciendo que todos seríamos ricos"(73).

De todas esas salidas en busca de oro, Cei sólo participa en la que narra su encuentro con los cuicas; después de esa experiencia, se manifestará contrario a participar en otros intentos. Se muestra escéptico, ya que su sentido práctico le ha demostrado que ese oro es inexistente, y preferirá

---

14. Edmundo O'Gorman. *La invención de América*. F.C.E. México 1993, p. 153-159.

quedarse en el Tocuyo dedicado a las actividades agrícolas y pecuarias.

Su pertenencia a una cultura "urbana-mercantil", tan opuesta a la hispánica, le permite a Cei formular determinados juicios sobre los españoles en los cuales resaltan dos rasgos que vale la pena destacar. Su crítica nos muestra precisamente los rasgos que hemos venido señalando en Cei: pragmatismo y una racionalidad incapaz de mistificar. Es por ello que tacha a los españoles de carentes de sentido práctico y de tender a la magnificación. Así, por ejemplo, al referirse al grave problema de la "broma" que destruye los barcos, explica cómo los normandos lo han solucionado, y agrega "pero los españoles no son personas que quieran experimentar con nada, son ignorantes y así se pierden naves"(9). O, al narrar la odisea de Francisco de Orellana por el río Amazonas y la leyenda que surgió acerca de mujeres guerreras y de las grandes riquezas que allí se hallaban, se muestra incrédulo:

*de la otra parte de este río están, según refieren, grandes poblaciones de indios y riquezas, pero no se sabe la verdad, y allí dicen haber indias como las amazonas, pero son comparaciones españolas (...) los españoles por magnificar sus cosas, atraer gente e ir allá, dicen cosas similares (77).*

Para Cei, las supuestas amazonas no son más que indias que acompañan a sus maridos a la guerra al igual que lo hacen las alemanas y suizas. En general se muestra muy escéptico en relación a las leyendas surgidas en América como la de hombres marinos, de barbas verdes y manos de murciélagos; "yo nunca he visto tal cosa, y la vendo como la compré" (156) será su conclusión. Del mismo modo debemos interpretar dentro de un código mercantil e indudablemente práctico su afirmación de que "basta por pago del Rey [de España], ser declarado hombre de bien, que es paga española" (101). En esta aseveración se enfrentan dos códigos: el mercantil de Cei en que todo esfuerzo y servicio debe ser pagado en dinero contante y el código de honor español.

Las promesas del Nuevo Mundo se le han revelado ficticias. Si en Aguado hay la exaltación de los maravillosos tesoros que esperan a los futuros pobladores, en Cei hay una mirada objetiva:

*me parece haber tornado rico, al volver vivo y sano porque mi suerte me condujo a la parte más mísera de todas las Indias, que muchos que aun piensan ser todas las Indias el Perú o el Perú ser todas las Indias se engañan... (100).*

No olvidemos que también intentó obtener licencia para marchar al Perú, en 1544, desde Nombre de Dios, en Panamá, de donde salían los barcos para el Perú con toda la mercancía llegada de España. Pero el virrey Blasco Núñez Vela había dado orden de que nadie pasase al Perú y menos todavía en calidad de soldado. Solo los comerciantes que poseyeran 3000 escudos en mercancía, cantidad que nunca llegó a poseer Cei, podían pasar al Perú. En 1552 intenta de nuevo obtener licencia para pasar al Perú desde Tunja y Santa



Fe: "yo no pude conseguirla, por más que tratase de llevar allí ganado" (100). Sin embargo tampoco el Perú -dice Cei- es tierra de riquezas para todos: "en el Perú hay tantos pobres como aquí [en la provincia de Venezuela], que si no son los que tienen indios y repartimientos, los demás son pobres ..." (id.) y también esta riqueza de unos pocos está siempre en peligro de desvanecerse porque

es costumbre y la ley en el Perú y en todas las Indias, que quien es señor de repartimientos de indios, tenga casa abierta. Y habiendo en el Perú siempre guerras y revueltas deben entenderse con los soldados y gastar mucho en ellos, en tiempos de paz para tenerlos de amigos, en la guerra, por no ser presa de cualquiera. Y siendo todo tan caro, gastan más de lo que tienen de entrada y toda la ganancia se la llevan los mercaderes, que tienen ahora la bolsa llena (id.).

Se advierte en esta descripción de Cei que los principios que guiaron a los conquistadores y colonizadores en su quehacer americano fueron un trasplante de las formas de vida ibéricas; estas "clientelas" no pueden menos que remitirnos a instituciones cuasi-feudales que parecieran renacer y recobrar fuerzas en tierras de América. Además, como bien observa Cei, ese oro sacado de América hacia España es robado en el camino por los franceses o acaba en manos del Rey —a la corona le correspondía un quinto— "y así se riega este oro por todo el mundo, contra la voluntad de los españoles" (100). Un hecho que la historia ha confirmado.

Igualmente la vida y trabajo en las minas de oro y plata de la Nueva Granada son descritas detalladamente por Cei pero también esta actividad es desmitificada por el autor; otra ilusión que se desvanece ya que "cuantos se dedican a sacar oro la mayor parte se ha arruinado por comprar cara toda cosa" y después de dar una lista de los precios de las herramientas que deben ser traídas de España, bastimentos y esclavos, agrega "de suerte que sacan el oro para quien vende estas cosas" (93). Y sólo los que poseían grandes capitales e indios en encomienda —agrega— podían hacerle frente a una explotación en gran escala que fuera rentable.

## LOS DIFERENTES GRUPOS SOCIALES SURGIDOS DE LA CONQUISTA

Ya se constata en la Relación cómo se va conformando en América una sociedad estratificada en dos grandes grupos: los favorecidos por las empresas conquistadoras, que serán los que posean grandes propiedades y la mayor cantidad de indios en encomienda así como esclavos, y una gran masa de pequeños propietarios de la que se puede decir que apenas tenía para sobrevivir: "y de ellos está poblada la mayor parte de Indias...teniendo...una o dos indias que los sirvan, se contentan con aquella

miseria" (dedicatoria,3). Si seguimos el recorrido de Cei desde el Tocuyo, pasando por los Llanos hasta la Nueva Granada, por montañas, ríos, selvas, nos toparemos con los pequeños poblados de cristianos "en los cuales —dice Cei— no querría estar ni pintado, aunque haya estado en similares y aun peores" (161). Sus habitantes viven miserablemente acosados por los flagelos de una naturaleza hostil "y así están todos con rostros de melones podridos y por un poco de ganancia soportan vivir en aquella miseria" (Íd.). O cuando recuerda la miseria compartida de la vida en el Tocuyo, descrita en un estilo sencillo y directo:

"Y si uno tenía que comer, 20 penábamos, y como yo tenía a lo último siempre 10 ó 12 vacas de leche que se ordeñaban mañana y tarde, a menudo no me quedaba leche en casa para mí y mi servicio, porque todos los pobres hombres mandaban cada uno por un cantarillo, y cuando había poco se peleaban. Cuando mataba un hecerro o buey, que ordinariamente lo hacía por Pascua, no me quedaba en casa ni un cuarto y así le sucedía a los demás, de modo que era preciso sacrificarlo a escondidas, de otra manera no lo podíamos guardar, tanta era nuestra propia miseria" (74).

La necesidad en que vivían estos primeros pobladores será lo que dé nacimiento en el Tocuyo a una incipiente industria textil, que en los siglos venideros se haría famosa. Fray Pedro Simón, en sus *Noticias históricas* (noticia V, cap. XVIII), hace referencia al lienzo del Tocuyo y cómo se extendió su uso hasta el Perú y Quito, donde se lo denominó con el nombre de su lugar de origen; pero Simón escribe en 1627, así que es a Cei a quien debemos la primera descripción de dichos telares. Sin embargo, hay otro aspecto que hay que resaltar y es que Cei no introduce el tema como una simple descripción de una actividad económica sino que parte de un hecho concreto de la vida cotidiana

"así mismo algunos dirán en qué modo nos proveíamos de camisas, no habiendo oro para comprar telas en el puerto [de Coro], consumiéndose tantas en aquel calor y fatigas; a esto digo que a menudo en los descubrimientos donde se rompían y se perdían muchas, por los indios que huían y las robaban y los ríos que se llevaban otras, se andaba sin ellas".(75).

Y continúa haciendo referencia a una experiencia muy personal: "y recuerdo alguna vez amarrarme un pañuelo al cuello para que no se viese que no llevaba camisa y esta falta me daba más molestia que otras porque sin camisa, me parecía estar desnudo" (Íd.). A partir de este preámbulo, para situar a quienes escuchan su narración, describe cómo se inició la actividad:

"En el pueblo nos proveíamos de tela de algodón, que ciertos hombres y mujeres tejedores tejían, que nos fueron de gran ayuda, y el hilo se obtenía robado o comprado a los indios, o se hacía hilar a las indias de nuestro servicio y esta tela se hacía gruesa, mediana y delgada y servía para camisas, calcetas, calzones y camisones así para nosotros como para las mujeres, y se la hacía sutilísima. Además se hacía hilar a las indias lana de nuestras ovejas. La hilaban las mujeres de España y así se tejía tela toda de lana o mitad lana y mitad hilo de algodón, y se hacían gabanes y sayos para ir de viaje, y además para andar por el pueblo, que bastaba vestirse como los campesinos en días de fiesta" (Íd.).

Estamos en los inicios del poblamiento de la gobernación de Venezuela; es apenas una economía de subsistencia en la que el hombre debe ingeniarse para subsistir.

Diferente es el caso de la isla de Santo Domingo, donde permaneció Ceidós años en su primera etapa en América. Cuando llega al Puerto de Santo Domingo en 1539, ya la ciudad tenía más de 40 años de fundada y se la podía considerar una pequeña urbe bien estructurada. Nuestro viajero no tiene sino palabras de alabanza: "es bellísima, con muchas edificaciones y casas, de modo que de ese tamaño no vi mejor [ciudad] en España" (10), su cinturón amurallado con una fortaleza, la bellísima catedral y un hospital "que sería muy digno de cualquier buena ciudad de España" (id.), y tres monasterios de frailes. Recordemos que en la Española se fundó la primera Real Audiencia de América y además era la sede del Arzobispado. Hay por tanto un asentamiento de población ya estable y con una organización social más estratificada y compleja:

está poblada en su mayoría por mercaderes y gente de paso, aunque hay siempre más de 600 casas de personas que permanecen en la isla, que se dicen vecinos, están casados y se hallan bien establecidos; jáctanse de vestir pródigamente, mayormente las mujeres... (id.).

Para la época en que se encuentra en la isla ya no se extrae tanto oro de las minas del Cibao debido —dice el autor— a que "como [los españoles] se dedicaron a esto con tanta furia", con el tiempo disminuyó; además del poco provecho y los grandes gastos que acarrea su extracción (18). Dicha actividad fue sustituida por la siembra de caña de azúcar y según datos de Ceidós en la isla había unos 40 ingenios o trapiches: "y a estas cañas e ingenios está dedicada la mayor parte de la isla y la gente de ella, y es la principal y más trajinada mercancía que exista" (34). Otra actividad muy productiva en la isla fue la ganadería; Ceidós calcula unas 500 mil cabezas de ganado. No es, como puede inferirse, una economía de subsistencia. Debemos suponer una clara división del trabajo y una variada escala social de acuerdo a los bienes poseídos y a los oficios que se desempeñan: la detallada descripción del funcionamiento tan complejo de ingenios y hatos (p. 26-28;34-35) nos da pie para tal afirmación.

Es de sumo interés el hecho de que Ceidós detenga su perspicaz mirada en el nuevo grupo social que está surgiendo en América: el mestizo, y nos ofrezca una de las primeras fuentes para el conocimiento de dicho grupo en la región caribeña. También Francesco Carletti hace referencia a los mestizos de la colonia portuguesa de Goa en la India, pero no los ve como grupo social nuevo sino que sólo llamará su atención la gran belleza y costumbres amorosas de las mujeres mestizas, aspecto al que dedica varias páginas muy

curiosas y pintorescas<sup>15</sup>. Cei, por el contrario, ya se da cuenta de que los mestizos constituyen un nuevo y abundante grupo social. Es precisamente en la parte que dedica a la isla de Santo Domingo donde toca el tema ya que por haber sido el primer asentamiento español en América se ha ido constituyendo a lo largo de más de 40 años este nuevo grupo humano y en gran escala: "No puedo dejar, habiendo hablado de cristianos, y de indios y de negros, de hablar de un cuarto género, esto es de los mestizos; mestizo se dice de lo que tiene mescolanza, esto es, hijo de cristiano e indio y hay en cantidad", y agrega "la mayor parte de estos mestizos son hijos de personas pobres" (19), lo cual viene a confirmar que no se puede seguir hablando de castas en América sino más bien de unas incipientes clases sociales. En la relación de la visita pastoral del Obispo Mariano Martí <sup>16</sup> de finales del siglo XVIII, obra rica en datos demográficos y sociales de la Venezuela de aquella época, se confirma esta primera observación de Cei: la mezcla entre las diferentes razas era frecuente pero sobre todo entre los más pobres. El mismo Obispo en sus visitas incitaba a regularizar mediante el matrimonio las uniones irregulares. A partir del recuento que hace de estas uniones en las poblaciones que visita se puede observar el gran número de matrimonios que ofició entre personas de diferentes razas y hasta entre libres y esclavos. Sin embargo, se observa en su Relación que, cuando el blanco pertenecía a una familia con poder económico y tenía una relación con una mujer de otra raza, el Obispo obligaba a las partes a romper dicha relación. Ello nos muestra cómo el factor económico podía pesar más que el racial.

Cei describe además, las características morales de estos mestizos; de ellos dice que son muy agudos de ingenio cuando pequeños ,pero que al crecer son "borricos"; muy propensos a las mujeres, el juego y la gula; no conocen la virtud del ahorro; los tilda de "prodiguísimos, que son como los indios que no les importa nunca lo que vendrá mañana"(19), una de las diferencias básicas entre el europeo —y más para un florentino— proveniente de una sociedad mercantil en la que el ahorro y la acumulación de riqueza constituía la base de la sociedad. No se extraña, sin embargo, de todos estos defectos ya que los mismos cristianos y sus hijos, dice, se comportan igual o peor. La diferencia está en que en los mestizos se justifica, tal carencia de virtudes, por su herencia materna. Y por último nos da datos importantes

---

15. F. Carlettí. *ob. cit.*, p. 199 - 202.

16. Obispo Mariano Martí. *Documentos relativos a su Visita Pastoral de la Diócesis de Caracas (1771-1784)*. Libro Personal. Tomos I y II. Academia Nacional de la Historia. Caracas 1969.

sobre las actividades que realizan dichos mestizos:, en particular, la actividad principal de éstos es el trabajo en los hatos de ganado vacuno. Es en este punto donde Cei nos da una vívida y positiva descripción de los mestizos que anuncia lo que será la figura del llanero:

trabajan en los hatos de ganado vacuno y de caballos, en servicios viles, son perfectos jinetes y, como tengan un blusón, unos calzones, un par de borceguíes, espuelas, lanza y un caballo para andar todo el día de aquí a allá, no piden más (19).

El extremo inferior de la escala social lo formaban los negros sometidos a esclavitud. Según Cei, en la isla de Santo Domingo había unos 30 mil "y si estos negros fuesen todos de una nación, fácilmente arrebatarían la isla a los cristianos, pero son distintos, y como he dicho, enemigos unos de otros"(18)<sup>17</sup>. Cei tuvo una clara visión del peligro que constituiría con el tiempo tal cantidad de esclavos; dos siglos más tarde este temor se convirtió en una realidad con una revuelta de esclavos en la isla y con la migración de blancos a Venezuela. Estos esclavos conformaban la gran fuerza de trabajo de Santo Domingo desde el momento en que, como dice Cei, había disminuido la población indígena por la viruela y abusos de los conquistadores. Si a esto se aúna el rechazo —al que alude frecuentemente el autor— por parte de los españoles hacia los llamados oficios mecánicos y las labores agrícolas, se comprenderá la necesidad imperiosa del uso de mano de obra esclava:

que ningún cristiano quiere labrar la tierra, ni servir... porque ingenios de azúcar, siembras, labores, ganado vacuno y servicio no lo hace nadie más que estos negros"(18).

"se ocupan los habitantes [de Sto. Domingo] de sembradios, ganado y azúcar, pero no es que trabajen con sus propias manos: lo hacen esclavos etíopes teniendo siempre algún cristiano como capataz (12)

y esta crítica la extiende a las mujeres "se avergüenzan de coser y trabajar, su estudio y pasatiempo es embellecerse extraordinariamente, recrearse y banquetear una con la otra" (13) y continúa toda una invectiva contra el sexo femenino cuya lectura bien vale la pena por lo curiosa y poco frecuente que es dentro del género cronístico.

Después de haber visto al europeo, al mestizo y al negro, nos falta por ver al personaje más importante y siempre presente en la narración de Cei: el indio, ya sea como "el otro" y, por tanto, objeto de una detallada descripción de sus costumbres y vida, ya como colaborador imprescindible en los descubrimientos y viajes por el territorio americano. Y es en ese contacto diario que tiene lugar la transculturación tanto del indio como del europeo.

---

17. Ángel Rosenblat. *La población indígena y el mestizaje en América*. 2 vols. Editorial Nova. Buenos Aires 1954., p. 246, vol. I. El autor cita la carta del Licenciado Echagoyan a Su Majestad en 1561 en la que dice que en La Española había más de 30 ingenios de azúcar (Cei habla de 40) y calculaba unos 20 mil negros.

## LA VISIÓN DEL MUNDO INDÍGENA

El mundo indígena atrajo la curiosidad de Cei. Podemos conjeturar que una mentalidad práctica y racionalista como la suya conlleva una actitud acuciosamente observadora, precisa y detallista, como se puede constatar en sus descripciones del mundo del "otro". Sus meticulosas descripciones de la flora y fauna del mundo americano, así como de los utensilios indígenas, fueron acompañadas por dibujos hechos por el mismo Cei al margen del texto que denotan en el autor un alto sentido de observación cuasi científico, sobre todo, si tomamos en cuenta que, aún no dominando la técnica del dibujo, sintió la necesidad de plasmar visualmente lo diferente y nuevo a su experiencia. Si comparamos el mundo del indio que observó Cei con el de Benzoni en su *Historia del Nuevo Mundo*, lo primero que salta a la vista es que Cei nunca generaliza; capta las diferencias entre los diferentes pueblos, se detiene en lo particular de tal modo que su obra es una fuente imprescindible para el conocimiento y estudio del mundo indígena. Resultaría muy extenso enumerar todos esos aspectos descritos por Cei, sin embargo, baste recordar la minuciosa descripción de la vestimenta del indio, en la que señala los diferentes modos de usar el calabacín que cubre el falo entre los caquetíos, los muisca o los pueblos del Llano (101-102), o la vestimenta femenina dependiendo de la etnia a la que pertenecen (104); o sus ornamentos, deteniéndose en cómo los fabrican y su valor económico (106, 120); los bailes, ceremonias religiosas, juegos, etc. O las hamacas que tanto admira "donde yo estuve se hacen bellísimas y blancas" (107); "yo las tengo por cosa buena, y si fuese a la guerra en campaña, haría una a mi modo, que diez años he dormido siempre en ellas vestido y me encontraba bien" (108). Como podemos observar, estamos en presencia de la adopción de un objeto cultural indígena por parte del europeo: "También nosotros nos acostumbramos a ellas para cuando andamos a pie, sin servicio, a alguna empresa, poniéndonoslas a la bandolera con un poco de pan dentro, o de maíz tostado..." o puestas sobre la silla de montar y "así nos suavizamos las asentaderas" (107). O las tan precisas descripciones de la preparación de ciertos alimentos como la arepa, el casabe y, no podemos olvidar que en Cei se encuentra la primera descripción y testimonio de la *hallaca*<sup>18</sup>. En su relato se detiene en muchos

---

18. "...pónese una india en cuclillas o arrodillada, por un costado de la piedra, poniéndole encima en su lado cóncavo un puñado del grano y un poco de agua y con la piedra a dos manos lo va moliendo, hasta que lo hace masa, después hacen unas panelitas como pastillas de jabón y las envuelven en hojas del mismo maíz o de caña y poniéndolas a cocer en una vasija grande de tierra, donde caben muchas, dándole a cada indio una o dos y algunas veces las guardan tanto que se vuelven ácidas y corrompidas y entonces dicen que están buenas y a menudo dejan agriar o endurecer la masa un día o dos, y a esta clase de pan llaman "hallaca" (p. 23) (en el texto italiano *ayaccus*). El texto más antiguo en el que se documenta el vocablo es de 1538 en el Juicio de Residencia contra

pasajes para explicar cómo se alimentaban él y sus compañeros cuando estaban en viaje; podemos deducir cómo esos alimentos indígenas se habían convertido en el sustento básico de los europeos. Por ello Cei en algunos pasajes denomina el maíz como "tesoro"; en los momentos de mayor penuria es buscado con tal avidez en los sembradíos de los indios como si fuese oro para convertirse en objeto de rapiña o de intercambio.

En el enjuiciamiento moral y humano de los indios, Cei se mantiene en un término medio sin llegar a denigrarlos ni a idealizarlos. Su posición de extranjero lo mantiene ajeno a erigirse en defensor o detractor de la causa indigenista. Su obra no cabe dentro de la polémica suscitada posteriormente acerca de la inferioridad del continente americano como tampoco se la puede considerar un panegírico de las Indias. En ella se describen la vida y costumbres de los indígenas, sin llegar a considerarlos como degenerados pero, al mismo tiempo, sin caer en las apologías del "buen salvaje". No olvidemos que Cei es ante todo un mercader, un hombre escéptico y práctico, poco dado a profundizar más allá de lo que observa, y si algún código subyace en sus juicios, más que de orden moral es un código fundado en principios funcionales y pragmáticos.

Así como en sus descripciones del mundo indígena es un observador acucioso de las variedades y diferencias, también al describir al indio su escala de valoración es amplia y diversificada. Su alta capacidad de observación y racionalismo lo llevan tanto a apreciar ciertos rasgos del indígena como a rechazar otros que considera nefastos, desde su óptica europea. Así, los caquetíos, población con la que Cei tuvo repetidos contactos, son vistos positivamente: "...caquetíos, que quiere decir buena gente, no ha habido ni la hay, generación en Indias más humana y de mejor condición que ésta"(56). Son dados a la amistad con los cristianos y no son traicioneros: "son la mayoría de nación caquetía, de tan buena condición que con todo el mal que se les ha hecho, siempre que los cristianos quieren, son amigos"(77); y lamenta y considera cruel la despoblación de la nación caquetía "por ser éstos los mejores indios que había en todo lo descubierto"(56) y rememora la prosperidad y magnificencia de este pueblo en el pasado cuando era señor

---

el gobernador Ambrosio de Alfinger llevado acabo en Coro en 1538 (cit. por Juan Friede. *Los Welzer en la conquista de Venezuela*. Ediciones Edilme. Caracas 1961). Se acusó de maldad al Teniente General y alcalde Mayor de Maracaibo, quien hizo atar a un palo a un soldado "y le mandó colgar del pescuezo dos hayacas de maíz... porque cogió a unos indios unos ovillos de hilo de algodón, y unas ahuyamas para comer", pero este texto más bien alude a envoltorios o hojotes de maíz. La descripción de Cey explica claramente la preparación de la hallaca; posteriormente, en el s. XVIII, el misionero italiano Gilli en su *Saggio di Storia americana (1780-1784)* describe la hallaca en modo muy similar a la de Cei. Véase a Angel Rosenblat. *Buenas y malas palabras*, Monte Avila . Caracas 1987. Tomo I, p. 99-104.

el cacique Manaure. También Aguado <sup>19</sup> hará referencia a estas cualidades de los caquetíos. Cei se muestra particularmente sensible a la belleza de esta nación “son estos indios caquetíos bellos hombres, más que las mujeres”(56) y de la mujeres —también caquetías— del valle de Barquisimeto dirá que “en ninguna parte de las Indias he visto más bellas mujeres, y desde entonces por eso lo nombrábamos el Valle de las Damas” (68). Nicolás Federman, contemporáneo de Cei, en su *Historia Indiana*, también se refiere a la belleza de la nación caquetía<sup>20</sup>. De otras poblaciones emitirá juicios semejantes que apuntan o, hacia la belleza o, hacia la fealdad de sus pobladores (véase p. 90, 92 y 120). Otro aspecto que resalta en los caquetíos es que son “grandísimos maestros” en hacer canales para conducir el agua por montes y llanos (22). Resalta además en ellos su capacidad como guerreros y también el hecho de que no comen carne humana. Las virtudes que más exalta en ellos es que no comen carne humana ni practican la sodomía, vicio este muy nefasto a los ojos de Cei y de la mayoría de los cronistas ya que es en el ámbito sexual donde se muestran mayormente sus prejuicios. Así los indios serán juzgados por el autor de lujuriosos y de practicar el incesto lo cual nos hace pensar que no llegó a entender a fondo el sistema de parentesco y organización familiar de los indígenas. También constata en ellos la falta de justicia, pero sin entrar en juicios de orden moral: “no tienen entre ellos justicia que castigue delitos o vicios porque no conocen vicio ni virtud”(105). En cuanto a sus prácticas religiosas y ceremoniales las describe muy detalladamente pero igualmente sin emitir juicios; de algunos pueblos dirá que no creen en nada y de otros que “tienen cierta forma de religión o superstición” (126). Sin embargo califica sus ceremonias religiosas de supersticiones, como es de esperarse de una mentalidad racionalista y sin fanatismo religioso. Y es precisamente a partir de ese racionalismo que puede equiparar algunas prácticas religiosas de los indios con las de los europeos; así, por ejemplo, las ofrendas que hacen los indios en los santuarios son— “como hacían nuestras mujeres con un monasterio de frailes”(128); las locuras que hacen ante un eclipse solar no le asombran, ya que le recuerdan lo que vio en Sevilla en 1539 cuando se oscureció el sol haciendo buen tiempo “que corría la gente a la iglesia y lloraban por las calles como si hubiese ocurrido algo sobrenatural y hubiese de tornar el mundo al antiguo caos”(125). Y hasta llega a equiparar frailes y piaches en sus prácticas “porque estos pícaros son como nuestros frailes, que no labran la tierra ni hacen ningún otro oficio, sino que viven del sudor de los demás”(108).

Hay otro rasgo del indio que ha sido repetidamente señalado por los cronistas y es su indiferencia por el oro tan deseado por los conquistadores.

19. Fray Pedro de Aguado. *ob. cit.*, cap. 1, p.22.

20. *Narración del primer viaje de Federman a Venezuela (1530-1532)*. Traducido y anotado por Pedro Manuel Arcaya. Caracas 1962. p. 62.



Al narrar una entrada que hizo con Villegas en tierra de los cuicas, donde esperaban encontrar grandes riquezas, Cei dirá:

aquí encontramos que los indios apenas conocían el oro, ni lo estimaban, diciendo que no era bueno para comer (...) que les bastaba recoger maíz y otras raíces buenas para comer, para lo cual el oro no era bueno (71).

Podrían interpretarse estas palabras, en boca de Cei, como una afirmación de la inocencia del indio, propia del hombre en estado natural, pero Cei no da ningún juicio en términos morales, simplemente constata dos formas opuestas de valorización: por un lado, el oro para el europeo, medio para el intercambio mercantil y por tanto fuente de riqueza, y por el otro, la desvalorización del oro por parte del indio en cuanto no es útil para cubrir las necesidades primarias. Sus catorce años en tierras americanas —y como él repetidamente afirma, en la zona más pobre de América,— le enseñaron que la mayor riqueza para quien debe solucionar día a día el difícil problema de la subsistencia no es el oro sino el alimento. El maíz se convierte en la gran riqueza y a medida que vamos leyendo la Relación se siente que aquel oro pasa a un segundo término y que lo más buscado es el maíz al que a menudo denomina como “nuestra riqueza”. En su mirada objetiva frente al mundo americano puede decirse que Cei “comprende” que el oro no sea apreciado por el indígena. A este respecto, el pastor hugonote Jean de Léry, quien estuvo en el Brasil, con una actitud más moralizante que la de Cei, ataca el deseo de enriquecimiento y rapacidad de los europeos y se coloca del lado de los indios, que atribuyen mayor importancia a la naturaleza y fertilidad de la tierra que al oro; Léry transcribe la opinión que tenían los indios del Perú de los españoles, a quienes llaman “écume de la mer, gens sans pères, hommes sans repos, qui ne se peuvent arrêter en aucun lieu pour cultiver la terre, afin d'avoir à manger”<sup>21</sup>.

Uno de los temas más debatidos de la historia de América es el de la despoblación del Continente americano. La mayoría de los cronistas destacan de un modo u otro el evidente despoblamiento que tuvo lugar con la llegada del europeo. Cei también hace referencia a la drástica disminución de la población indígena. Al referirse al descubrimiento y conquista de La Española, dice que Colón en 1494 se encontró con una población de un millón de habitantes<sup>22</sup> y que, para 1544, fecha en que el autor deja la isla, “apenas quedaban 60, digo sesenta personas vivas, de modo que creo que

---

21. *Journal de bord de Jean de Léry en la terre de Brésil (1557)*. Présenté et commenté par M. R. Mayeux. Editions de Paris. Paris 1957. p. 277. Posiblemente la cita de Léry esté tomada de Fernández de Oviedo.

22. Angel Rosenblat. *La población indígena y el mestizaje en América*, vol. I, p. 102 calcula para 1492 a la llegada de Colón 100 mil indígenas en La Española. Las Casas calculaba tres millones de almas (*Historia de las Indias*, lib. III, cap. XIX) cifra que rellena multitud de autores.

se hayan acabado todos". Aunque las cifras son bastante exageradas, Nicolás Federman, en su *Historia Indiana* (1530-1532), daba cuenta de la misma asombrosa despoblación de la isla, diez años antes que Cei. Federman calcula que había 500 mil indios para la llegada de Colón, mientras que cuando él llega a la isla se ha diezmado de tal modo que "no subsisten 20 mil con vida". Las causas que enumera Federman son la viruela, las guerras y el trabajo en las minas de oro "donde los cristianos los obligaban a trabajar contra su costumbre, porque son gentes débiles y poco laboriosas"<sup>23</sup>. A Cei le asombra que en tan poco tiempo "se haya acabado tan gran multitud de personas"(15); "la mayoría murieron de desesperación por los malos tratos de los españoles", dirá, aunque admite que una de las causas fue la viruela, que "es para esta raza pestilencia"; otra causa que da es la abstinencia sexual, pero nos parece que repite opiniones ajenas ya que unas líneas antes había dicho que "en Tierra Firme he visto, en 2 ó 3 meses, quedarse vacía una provincia de diez o dieciocho mil almas, pero vuelven después a multiplicarse" (Id.), además de que considera a los indios de una gran lujuria; "estos indios de esta isla, que se han visto maltratar y fatigar fuera de su costumbre, se guardaban de realizar el coito con sus mujeres y esto hacían para evitar engendrar, para huir de la fatiga en que se veían, obligados por los cristianos, a excavar buscando el oro, trabajar la tierra..."(Id.). Si Federman censuraba a los indios débiles y poco laboriosos y que, por ello, no soportaban el trabajo impuesto por los españoles, Cei es más observador y ve el trabajo del indio dentro de los parámetros del propio mundo indígena: "...y si bien es cierto que antes de ser conquistados trabajaban poco o mucho y sembraban, lo hacían poco a poco, lo suficiente para mantenerse, y siendo su trabajo cotidiano, y sembrando todo el año, así trabajasen rápido o despacio, era bastante para sus necesidades... Los españoles los hacían trabajar en un día lo que se hace en cuatro..."(íd.). Ante esta situación nos narra Cei que eran muchos los suicidios colectivos entre los indios para escapar de tanta miseria (íd.)<sup>24</sup>.

También de la región de los Llanos, que conoció muy bien por los dos viajes que hizo a la Nueva Granada, dirá que están deshabitados y también por causa de los cristianos, "que por malignidad y necesidad han destruido todo, llevándose con ellos los indios e indias más jóvenes...como los cristianos que iban a descubrir tenían necesidad de servicio...y por 1000 ó 1500 personas que necesitaban destruían 10 mil, y el servicio se les moría de penurias en el camino"(77). Cei no puede menos que tener una visión negativa del europeo en cuanto su contacto con el Nuevo Mundo lo único

---

23. N. Federman. *ob. cit.*, p.14.

24. También Fernández de Oviedo en su *Historia General y Natural de las Indias*, parte I, lib. III, cap. VI habla de estos suicidios colectivos.

que ha traído es destrucción; así lo demuestran sus palabras “pues pareciera que donde nosotros ponemos el pie, se acaba todo lo bueno”(122), dice al referirse a la cantidad de esmeraldas que había en la Nueva Granada y que ahora casi son inexistentes; igual sucedió con el oro del Cibao y con las poblaciones indígenas. También Carletti opina del mismo modo de la conquista española. Al referirse a su viaje a las Indias Orientales, apunta que de esos lugares “habrá mucho más que decir... no habiendo llegado allí el yugo de los castellanos, mutadores por no decir destructores de toda cosa”<sup>25</sup>. A los pocos años de haber llegado Cei a América, la esclavitud de los indios fue prohibida por las Leyes Nuevas de 1542 por la influencia y arduas discusiones de Bartolomé de Las Casas; en referencia a este tema nuestro autor explica cómo se realizaba y cuántos abusos y corrupción había y por ello considera positiva la prohibición :

si se hubiese puesto remedio a esto desde un principio, no se habría destruido gran parte de las Indias como lo está hoy en día (...) fue el maltrato a los indios y su destrucción pese a ser nuestros prójimos, lo que en verdad puso tasa y orden a sus tributos y servicio; era honesto y justo pero...(18)

y aquí introduce su opinión acerca del Padre Las Casas al que pinta como un malvado y deseoso de riquezas por haber convencido al Rey de eliminar las encomiendas. En su opinión la considera una medida injusta ya que “quitarle a los pobres cristianos lo que con su sudor habían obtenido y apropiárselo es también una cosa cruel e inhumana... así obtuvo un obispado y goza todo un mundo y ha causado infinitos males...” (18).

## EL CLERO

En la Relación son pocas las referencias al clero y a su obra evangelizadora pero, aunque escasas, son muy esclarecedoras de su posición ante la actividad de los religiosos. En líneas generales nos presenta al clero como el estamento que obtiene con el menor esfuerzo el mayor provecho económico de la conquista. A lo largo de la narración, Cei resalta los trabajos y penurias de todo tipo que padecen conquistadores y colonos para subsistir mientras que los sacerdotes y frailes sólo perciben ganancias por medio de un oficio que, según él, no implica ningún esfuerzo. Ejemplo de ello es que al referirse al impuesto denominado “almojarifazgo”, destinado a gravar todas las mercancías, objeto de tráfico mercantil entre España y América, alude al “quinto” con el que se pagaba el salario a gobernadores, oficiales y obispos; e inmediatamente introduce su opinión acerca de los religiosos: “los décimos son para los religiosos, y éstos son, a fin de cuentas, quienes se llevan la mejor

---

25. F. Carletti. *ob. cit.*, p. 101.

parte" (17), en la que podemos percibir un cierto disgusto y rechazo por la riqueza fácil que éstos obtienen. En su mentalidad mercantil considera al clero como improductivo en cuanto obtiene ganancias sin producción de bienes; para Cej lo que impera entre los frailes es la codicia y ejemplo de ello es su visión de Bartolomé de Las Casas a quien culpa de la eliminación del repartimiento a perpetuidad en América y de su conversión en repartimiento temporal a través de las Leyes Nuevas de Indias promulgadas en 1542, lo que tantas rebeliones y muertes produjo en el Perú. Para el florentino, este nuevo ordenamiento no fue motivado por un interés humanitario hacia los indios sino por intereses personales de Las Casas. Cej introduce la figura de Bartolomé de Las Casas —aunque sin nombrarlo directamente— con una ironía: "El buen fraile, que es un malvado" y continúa con los motivos que tuvo en su lucha en contra los repartimientos vitalicios y en favor de los indios:

se puso en esto porque en una provincia que llaman Guatemala, los conquistadores no le quisieron dar dinero como él hubiese querido, para ir a Roma a comprar un obispado, como acostumbran hacer, y llegó bajo pretexto de caridad y puso en el anzuelo el cebo de la avaricia... (18) .

Obsérvese cómo lo tacha de simoníaco y codicioso incluyendo en el plural (*como acostumbran hacer*) al clero en general; lo acusa de haberse enriquecido pero sin aclarar cómo:

todo el oro, plata y riquezas de Indias revertieron en él, y se afincó y se hizo tan fuerte que no hay quien lo disuada, así obtuvo un Obispado y goza todo un mundo y ha causado infinitos males... (id.).

La codicia vuelve a aparecer en otro personaje, el sacerdote que oficiaba en El Tocuyo:

De misa, y confesiones y del salario se hizo rico, que vino sin nada y en 7 años tenía más de 2 mil escudos, que, del poco oro que allí se traficaba, las mujeres en misas ofrecidas, funerales y bautizos de niños le daban lo que podían, y las confesiones le producían algo y los diezmos que cobraba para pagarse 150 ducados al año que son 10 por cada uno tanto de las siembras como del ganado. Estos diezmos eran del Rey, y el Rey pagaba con ellos al cura y al Obispo, y se vendían en subasta y el cura no quería por ellos sino oro, y no habiéndolo, los adquiría por nada, de modo que se hizo rico y excomulgaba uno por cada 10, cosa cruel e inhumana (75) .

Es tan poca la estima que siente por el cura que, cuando éste tuvo que ir a Coro a confesarse y tardó un año en regresar, dirá irónicamente "maldita la pena que esto nos causó, que nos parecía a todos tener una gran ventura y le costó después mucho trabajo volver a encauzar la bodega y hacer que fuésemos a misa"(id.); el uso del término *bodega* para referirse al oficio del fraile es muy sugerente por las asociaciones que conlleva. Y concluye poniendo en entredicho la religiosidad española, "que donde no esté la inquisición, que obliga con el fuego, no son tan católicos los españoles como

parecen" (76). En otro pasaje aparecen nuevamente los frailes, y esta vez Cei los equipara a los piaches y a ambos los tilda de *pícaros*: "Si lo sana [el piache al enfermo] le pagan en maíz, tela de algodón y otras cosas necesarias, porque estos pícaros son como nuestros frailes, que no labran la tierra ni hacen ningún otro oficio, sino que viven del sudor de los demás"(108); nuevamente vuelve a hacer hincapié en lo improductivo del clero. Podría pensarse que éstas no son más que las quejas de un extranjero , pero léase la famosa carta de Lope de Aguirre a Felipe II y se encontrarán las mismas críticas a los frailes:

Si quieres saber la vida que por acá tienen, es entender en mercaderías, procurar y adquirir bienes temporales, vender los Sacramentos de la Iglesia por precio; enemigos de pobres, incaritativos, ambiciosos, glotonos y soberbios<sup>26</sup>.

A fin de cuentas, tanto Cei como Aguirre representan la opinión del hombre común; y también Lope de Aguirre se sintió una víctima más de esas Leyes Nuevas que le quitaban la bien merecida recompensa por sus trabajos y penurias pasados en conquistas.

## LA NATURALEZA AMERICANA Y SU INFLUENCIA EN EL EUROPEO

La tesis de un proceso degenerativo de la naturaleza y de la moral en el Nuevo Mundo tiene una larga historia, que arranca con Buffon a mediados del siglo XVIII, para así alcanzar por primera vez forma coherente y científica la tesis de la inferioridad del Nuevo Mundo que luego se continúa con De Pauw para llegar a su punto más álgido con Hegel<sup>27</sup>.

Las descripciones de los primeros cronistas y viajeros de Indias ya apuntaban a las diferencias existentes entre la naturaleza americana y la europea y, aun cuando señalaban ciertas deficiencias propias de las Indias, nunca llegaron a configurar una teoría general de la inferioridad de la naturaleza americana, más bien, está presente una admiración por la creación divina. Como corolario de dicha degeneración e inferioridad de la naturaleza, surge la tesis de "la tropicalización del blanco", que puede definirse como "un proceso degenerativo en virtud del cual los conquistadores españoles bajo la influencia telúrica y social de América sufrieron un trastorno moral"<sup>28</sup>. En las precisas descripciones de la fauna, flora y naturaleza que nos ofrece Cei, observamos una gran objetividad; ve las diferencias pero no infiere de

---

26. Citado por José María Navarro. *Configuración textual de la "Recopilación historial de Venezuela" de Pedro de Aguado*. Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia. Caracas 1993. p. 42.

27. Véase sobre este tema Antonello Gerbl. *La disputa del Nuevo Mundo. Historia de una polémica. 1750-1900*. F.C.E. México 1982.

28. A. Gerbl. *ob. cit.*, p. 734.

ello inferioridad alguna de la naturaleza americana. Cuando, por ejemplo, se refiere a los frutos y hortalizas transplantados de Europa a América, dirá que unos se adaptan bien, otros dan frutos menores y menos dulces, y que otros no logran adaptarse, pero no por ello considera inferior la tierra americana sino que da como causas las diferencias climáticas. Así, en cuanto a la inferioridad de raza de caballos y yeguas en América, sostiene que la culpa la tiene más el hombre que la naturaleza, ya que éste no se ha ocupado de criar “con padrotes seleccionados para hacer una buena raza” (28); del ganado vacuno también dirá que es óptimo y en nada inferior al de Europa, y ello por la hierba siempre verde, de tal manera que se ha multiplicado de modo asombrosos en Santo Domingo, donde calcula que hay más de 500 mil cabezas.

Pero si pasamos al hombre transplantado a América, Cei sí manifiesta una visión pesimista. En su visión del hombre europeo transplantado a América se puede inferir una concepción de la “tropicalización del blanco”. Los padres, dice:

educan a sus hijos bastante mal, y llegando a los 14 años se dan a todos los vicios, soberbios más que Lucifer, se puede decir que los cristianos se convierten en indios... y esto acontece en todas las partes de las Indias en que he estado y allí se ven llegar hombres viejos, jóvenes, mujeres y mozas de muy buenas costumbres, con las cualidades que en todas partes se pueden desear de personas nobles y de bien, pero en cuestión de poco tiempo pierden la vergüenza y se hacen unos perfectos indios, en toda su manera de vivir (15).

y la causa es para Cei —por esa visión pesimista que tiene del hombre— su tendencia hacia el mal: “y en esto se ve que el hombre tiende siempre hacia el mal” (id.), pero más adelante, al referirse a los indios como “...muy haraganes, dados al ocio”, agrega “parece que el país es la causa pues los cristianos también se tornaban como ellos”(25), es decir, que aquí da como causa la influencia de la naturaleza y clima de América. Es recurrente en Cei el tema de la conversión de los cristianos en indios; en otro pasaje de la *Relación*, al contar las dificultades que él y sus compañeros tenían para enseñar la doctrina cristiana a los indios, repite la misma idea: “de modo que para mí, concluyo que son más los cristianos que se hacen indios, que los indios que se hacen cristianos”(130). Para Cei hay una evidente transformación del hombre europeo en tierras americanas.

## UNA NUEVA ÓPTICA HACIA LA VIDA COTIDIANA Y LA NATURALEZA

Como último punto creo necesario detenerme en el estilo narrativo de Galeotto Cei por la novedad que implica frente a los demás cronistas contemporáneos a él. Si partimos de esa primera impresión que se recibe al

leer una obra, sentimos que hay algo diferente a lo que estábamos acostumbrados a leer en obras del mismo período. La distancia entre nosotros sus lectores y lo narrado se hace casi imperceptible y se produce una vivencia palpable del mundo que el autor vivió. Recordemos, como se dijo al principio, que su relación no tiene fines propagandísticos ni polémicos frente a los métodos de la conquista y colonización española. No pretende hacer historia para relegar del olvido “los hechos y obras tan heroicos de nuestros naturales españoles”, como diría Aguado en su prólogo al lector, “para que escribiendo las tales obras y haciendo libros e historias, sean por esta manera reducidos a la memoria”<sup>29</sup>. Su finalidad es narrar sus propias experiencias y, de alguna manera, hacer ver porqué regresó pobre, hecho que debía extrañar a sus allegados, ya que América se perfilaba en las mentes europeas como tierra de abundancia y riqueza. Todo lo narrado por Galeotto Cei es el recuerdo de sus experiencias y vivencias: sus actividades mercantiles, su vida en Santo Domingo y luego los años que pasó en el Tocuyo; sus viajes a Nombre de Dios y Panamá y a la Nueva Granada desde el Tocuyo, pasando por los Llanos y la región andina. No narra las grandes hazañas de los conquistadores sino la vida cotidiana de un hombre común, lo que él vivió y vio en América. Pero tampoco puede considerarse su relación como una verdadera y propia relación de viaje como es la de Francesco Carletti quien durante doce años viajó y comerció por gran parte de América y el Oriente. La finalidad de Cei no fue *el viaje* destinado a conocer sino a instalarse y comerciar. Recordemos que permaneció entre Santo Domingo y la región del Tocuyo catorce años y que los viajes que realizó no fueron muchos —Panamá y la Nueva Granada— y tuvieron estrictas finalidades comerciales. Los cronistas— misioneros y los cronistas oficiales hacen historia y su mayor interés se centra en las conquistas y fundaciones de pueblos y ciudades, en las instituciones político—administrativas, en los personajes que hicieron la historia . Y no sólo se basan en sus propios testimonios sino que muy a menudo, por no haber sido testigos de los hechos narrados, parten del manejo de fuentes documentales. Cei por el contrario se remite únicamente a sus recuerdos lo que le permite una mayor libertad y frescura en la narración. Su mirada puede detenerse en la historia menuda que al cronista no interesa por no ser propia del género elevado como lo es la crónica.

Cuando describe la flora y fauna americana no lo hace como Fernández de Oviedo, quien mantiene la distancia del objeto descrito para dar mayor rigor “científico”, sino que lo hace a partir de su propia experiencia, en cuanto esa flora y esa fauna formaron parte de su alimentación y sustento. De ahí que se detenga morosamente en describir los sabores y la preparación de

---

29. Aguado. *ob. cit.* , p. 17-18.

esos nuevos productos americanos, o en las propiedades medicinales de las plantas y hasta llega, con cierto humor y sin reticencias, a describir los efectos digestivos de algunos alimentos. Véase, por ejemplo, la extensa descripción de platos a base de maíz, (222-225), partiendo desde su cultivo, siguiendo con todas las etapas de la preparación: arepas, panes, bebidas, y atoles. O las diversas maneras de preparar el grano dependiendo de si se va a viajar o si se está en poblado. Todo lo que describe parte de su vivencia y por ello puede anotar la curiosa costumbre —debido a lo engorroso que era la preparación de las arepas— de que “cuando un amigo convida al otro o que se haga una fiesta, o se celebran bodas, que cada uno lleve pan [pan de maíz, es decir, arepas] y vino para sí”(25), ya que —agrega— una sola india difícilmente podía preparar el pan de maíz para más de una persona. Y no olvidemos que gracias a su capacidad de observación y el haber experimentado esos alimentos, tenemos la primera descripción de la hallaca. Indudablemente, el *Viaje y descripción de las Indias* es una rica fuente documental de los hábitos alimenticios, no sólo del indígena sino también del europeo en su transculturación.

Retomemos las palabras de José Rafael Lovera sobre uno de los aspectos más resaltante de esta obra: “especie de ventana que se abre para dejarnos ver la vida de la gente común” (xx), para detenernos en la vida ordinaria en un escenario cotidiano, el Tocuyo, donde Cej transcurrió gran parte de su vida americana. Aunque escribe sus memorias después de diez años ya en Europa en un contexto tan diferente, los recuerdos afloran ricos en detalles

La santa necesidad me hizo aprender a hacer queso, requesón, natilla y cuajada; lo cuajábamos con cuajo de venado pequeño y de corderillos. Igualmente comenzamos a criar gallinas, que se llevó allí unas cuantas, y me costaron 6 a 5 ducados cada una. Al principio no atendía al hambre, sino que guardaba los huevos que estando cluecas ponían; todos los días las *visitaba*, y *limplaba* y *criaba* los polluelos hasta tener buena cantidad. Luego en las mañanas, antes de soltarlas las hacía agarrar, buscando con el dedo aquellas que podían tener algún huevo, y a éstas las volvía a encerrar y allí estaban hasta que lo ponían. Era necesario comer a la hora indicada, esperando el huevo, así pasaba yo la vida y los otros nada mejor que yo (62).

Nótese como los tres verbos describen un cuadro dinámico y muy concreto del desarrollo de una acción. Y el comienzo del párrafo con la *santa necesidad* y el final y *así pasaba yo la vida y los otros nada mejor que yo*, le otorgan al pasaje un tono muy personal a la vez que sencillo.

Ese carácter íntimo dado por el tomar en cuenta estados de ánimo más simples y por tanto más humanos también se observa en este pasaje, donde el foco central reside en la alegría del ocio y en el placer del arreglo personal que surgen de las pequeñas alegrías de la vida en un entorno donde impera la pobreza:



Riqueza había cuando nos encontrábamos 30 sacos de maíz en casa para descansar 15 días, y cuando esto ocurría, que era raro, festejábamos con los caballos, que siempre nos reuníamos allí una docena con buenísimos caballos bien guarnecidos, nosotros bien vestidos, y cuando salíamos fuera parecíamos magnates (74).

Porque lo común era la estrechez de aquella vida signada por la escasez de alimento en la que los más desposeídos se peleaban por una vasija de leche:

Y si uno tenía que comer, 20 penaban, y como yo tenía a lo último siempre 10 ó 12 vacas de leche que se ordeñaban mañana y tarde, a menudo no me quedaba leche en casa para mí y mi servicio, porque todos los pobres hombres mandaban cada uno por un cantarillo, y cuando había poco se peleaban (74).

Este tipo de narración que parte de lo particular y concreto es lo que le da a la escritura de Cei un tono familiar de recuerdos que vuelven a tomar vida sin que el tiempo transcurrido entre el momento de la narración y el pasado borre la fuerza de la vivencia. Por ejemplo, qué decir de este pasaje en el que se recrean paso a paso las transformaciones de un traje con todas las sugerencias de la pobreza que ello conlleva. Y la frase final tan sugestiva que le da a la narración un toque de humor:

Y recuerdo un sayo verde de paño de Ruan que me sirvió un tiempo al derecho, luego le dí vuelta y me sirvió otro tanto, y volteado de nuevo un año o más y lo hice después birrete. Y a cada transformación recibía el visto bueno, y me pavoneaba varios días (75).

Pero hay otro aspecto de gran interés en Cei y es su sensibilidad hacia el entorno geográfico en el que acaecen los sucesos narrados. Sentimos la lentitud del viaje por lo moroso de sus descripciones; nada pasa por alto a su mirada. Léase Aguado o Pedro Simón y se observará que el entorno es descrito someramente: una cordillera apenas nombrada, un río que se atraviesa o una extensa llanura pero nada más. Unos simples hitos para situar los hechos acaecidos. Por el contrario, léase la larga travesía de Cei desde el Tocuyo a la Nueva Granada (76-90) y se observará que la naturaleza forma parte indisoluble de los viajeros. No es un simple marco referencial sino ambiente vivido y sentido: hombres y naturaleza quedan imbricados. Por primera vez vemos el Llano inconmesurable con sus esteros en tiempo de lluvia, el agua que todo lo cubre, el gamelote que apenas deja pasar los caballos. Al mismo tiempo, seguimos paso a paso el recorrido de esos hombres: sus descansos, las tareas de preparar el reparo nocturno, la preparación del alimento, la quema del gamelote en época de sequía, la caza de venados, la fabricación de puentes para atravesar los ríos, sin faltar el dibujo de tan ingenioso y rápido sistema. Y lo más curioso, tenemos la primera descripción de la organización de una comitiva de hombres llevando ganado de una tierra a otra. Cei nos describe en detalle cómo es una comitiva, quiénes van a la delantera, quiénes a la zaga, las tareas de cada grupo de hombres, el orden en que va el ganado según sea vacuno, caballar

u ovino, las carretas. Descripción que nos recuerda, por su similitud, a las comitivas de los vaqueros del oeste americano. Luego, la entrada a la región andina por las empinadas cuestas, el frío, los torrentes y el mal de páramo. O igualmente su descripción del Puerto de Nombre de Dios, "al cual le quedaría mejor "Nombre del Diablo", o casa de éste, porque es un infierno, más que cualquier otra tierra en el mundo"(52 ), donde la selva se traga a los poblados en su rápido crecimiento y la inclemencia del clima que a duras penas permite la vida. Pero también es capaz de detener su mirada ante el espectáculo de las noches tropicales en las tierras de Coro :

Hacen aquí las más bellas y amenas noches del mundo, sanas, con un fresco templado, y así en todas las Indias, que basta para atemperar el fuego del día; y de noche muy raramente llueve, son noches muy serenas, sin una nube, en cambio de día, nunca he visto en parte alguna cielo sin nubes, pocas o muchas, desde que se levanta el sol hasta ponerse... (47).

## CONCLUSIÓN

Ha sido mi objetivo dar a conocer lo más resaltante del *Viaje y descripción de las Indias* como un aporte más al conocimiento de los comienzos de la historia de Venezuela. Como se dijo al principio, las fuentes de primera mano del s. XVI que han llegado hasta nosotros son escasas. Con este relato muy particular creo que se enriquecerá el panorama de ese período. Primeramente, porque nos presenta ese mundo americano desde una perspectiva diferente: la de un extranjero que no se siente partícipe de la gran empresa conquistadora y evangelizadora del Imperio español. En segundo lugar por su gran sentido de observación al describir la vida y costumbres de los indígenas así como la vida cotidiana de los primeros pobladores. No encontraremos en esta obra las grandes hazañas de los conquistadores sino el quehacer diario del hombre común enfrentado a una tierra hostil y dura. Y por último, por su peculiar estilo narrativo que se caracteriza por la sencillez y amenidad, logrando atrapar al lector para que viva nuevamente sus experiencias.